

Thomas Mann y Nietzsche

Joan B. Llinares

A la memoria de Sandro Barbera

Nietzsche fue, quizá en primer lugar, un *poeta*, un escritor-poeta [*Dichter*] que escribía sobre todo para *poetas* y que, por fortuna, tal y como él deseaba, ha sido leído desde esa misma pasión por otros *poetas*, e interpretado artísticamente por ellos como no lo suelen hacer los académicos. En efecto, él siguió con personal radicalidad la senda abierta por uno de sus más queridos modelos, Goethe y su *Poesía y verdad*, y aquí desearíamos presentarlo en la medida en que ha sido escuchado, pensado y transformado por otro *Dichter*, el escritor Thomas Mann, en una parte quizá poco conocida de su producción. Ambos representan dos continentes unidos y separados a la vez, la filosofía y la literatura; sus obras respectivas son los legados de dos personalidades muy acentuadas, de la misma lengua y nacionalidad en sus orígenes, volcadas íntegramente a la escritura, enamoradas de la música hasta las lágrimas, pertenecientes a dos generaciones consecutivas, enfrentadas a retos y problemas de una misma época, pero que cada uno abordó con talentos, fortunas y vocaciones diferentes.

Ahora bien, desde el inicio conviene no olvidar dos obviedades: la primera indica que la cuestión de la *forma* nunca es secundaria en todo verdadero artista; la segunda recuerda que los *camino*s que cada cual recorremos en nuestros encuentros con las obras de arte son intransferibles y muy personales, esos caminos hay que andarlos. Por ello los textos filosófico-literarios de Nietzsche y Mann se resisten a resúmenes de sus tesis principales, no porque no las contengan, sino porque la sucesión de signos, ritmos e imágenes verbales que generan significados, irreductible a la instantánea simultaneidad de una fotografía, requiere la correspondiente vivencia del tiempo que ha de tener todo lector de esas finas texturas o tejidos, como bien sabían el pensador-poeta del *Zaratustra* y el reflexivo narrador de *La montaña mágica*. Por consiguiente, tolérese que sólo esbocemos algunos planos, como una invitación a la lectura.

1. Thomas Mann como cualificado lector de Nietzsche

A todos nos sorprenden las constantes alusiones a Nietzsche que encontramos en los textos de Mann, por ello nos preguntamos: ¿qué leyó del *corpus* del filósofo? ¿a qué escritos les prestó mayor atención? ¿qué hallazgos marcaron su propio talento?

En una obra de 1918 confiesa el novelista que si bien en todas las etapas de su de-

sarrollo admiró ilimitadamente al filósofo en cuanto prosista y psicólogo, el Nietzsche que propiamente tenía validez para él y que, por su naturaleza, con mayor profundidad tenía que influirle en su formación era el que todavía estaba muy cercano a Wagner y a Schopenhauer y sentía aprecio especial por el grabado de Durero *El caballero, la muerte y el diablo*¹. La referencia a las obras de la juventud del filósofo es, pues, inequívoca y remite tanto a las *Consideraciones Intempestivas*, sobre todo a la tercera, *Schopenhauer como educador*, y a la cuarta, *Richard Wagner en Bayreuth*, como a *El nacimiento de la tragedia*, en cuyo capítulo 20 se habla del «caballero con la muerte y el diablo, tal como nos lo dibujó Durero»². Es evidente, pues, que Mann conocía bien y estimaba mucho las obras del joven Nietzsche: le veía formando parte del trío estelar, de la constelación ejemplar que guió su desarrollo personal, en compañía del artista Wagner y del filósofo Schopenhauer.

No obstante, el futuro novelista había descubierto a ese incisivo autor gracias a dos agresivos y desconcertantes opúsculos de su último año de vida lúcida, de 1888, *El caso Wagner* y *Nietzsche contra Wagner*, seguramente ya en 1895, recién editado el segundo, cuando solo tenía diecinueve años, incitado por su pasión por el compositor y por influencia de Paul Bourget, el novelista y crítico literario que también había interesado sobremanera al filósofo en la década anterior y le habían inspirado en sus meditaciones en torno al fenómeno de la decadencia³. A partir de ellos pasó a otros libros, como *Más allá del bien y del mal*, que poseía desde 1895, y *Aurora* y *La ciencia jovial*, también en su haber desde 1896. Desde entonces todas esas obras le acompañaron, meditándolas a menudo con mucha motivación. En el citado ensayo de 1918 Mann describe el gran hallazgo que le supusieron tales libros, eminentemente críticos y corrosivos, con sus consiguientes y muy notables repercusiones, del modo siguiente:

Hacia esa misma época, [se refiere a los inicios del siglo XX, esto es la época de redacción de *Los Buddenbrooks* y de la decisiva lectura de un libro capital, *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, cuya huella es explícita en dicha novela] mi pasión por la obra artística de Richard Wagner llegaba a su cima o, cuando menos, se acercaba a su culminación: y digo “pasión” porque palabras más simples, como “amor” o “entusiasmo”, no servirían para darle nombre a este asunto con veracidad. No es infrecuente que los años de la máxima capacidad de entrega también sean, al mismo tiempo, los de la máxima excitabilidad psicológica, la cual, en mi caso, se vio poderosamente agudizada por cierta lectura crítica; y pasión es, precisamente, la entrega sumada al conocimiento. La experiencia más íntimamente grave y fructífera

¹ Véase Thomas Mann, *Betrachtungen eines Unpolitischen*, Fischer, Frankfurt am Main 1983, p. 542. Este ensayo fundamental, cuyo título debería traducirse como *Consideraciones de un impolítico*, suele citarse como *Consideraciones de un apolítico* según el título de la traducción castellana de L. Mames, Grijalbo, Barcelona 1978. El pasaje citado está en p. 553. Revisamos siempre esta traducción, que no duda en referirse a las *Consideraciones Intempestivas* (o *Inactuales*, o *Extemporáneas*) de Nietzsche, obras a las que Mann está remitiendo desde el mismo título de su ensayo, como consideraciones “anacrónicas”. Citaremos este gran ensayo como BU, y daremos la paginación del original (s.) seguida de la de la citada traducción (p.).

² F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, en *Sämtliche Werke*, KSA (G. Colli und M. Montinari eds.), DTV-De Gruyter, München-Berlin/New York 1980, vol. I, p. 131 (trad. castellana de A. Sánchez Pascual, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, Madrid 2004, p. 172).

³ Véanse la introducción y las notas tanto de nuestra edición de F. Nietzsche, *Escritos sobre Wagner*, Biblioteca Nueva, Madrid 2002, como la preparada por J.L. Vermal y nosotros mismos de los *Fragments póstumos (1885-1889) Vol. IV*, Tecnos, Madrid 2006, así como los comentarios de G. Campioni sobre P. Bourget en *Nietzsche y el espíritu latino*, El cuenco de plata, Buenos Aires 2004.

de mi juventud fue ésta, la de que la pasión es *clarividente* – o, de lo contrario, no merece tal nombre [...]. Esa lectura aguzadoramente crítica de la que he hablado era la de los escritos de Friedrich Nietzsche, especialmente en la medida en que son una crítica de lo artístico o – cosa que en Nietzsche quiere decir lo mismo – una crítica a Wagner. Pues cada vez que en estos escritos se habla del artista y de lo artístico – y no se habla de ello de una manera en absoluto bondadosa –, puede insertarse sin reparos el nombre de Wagner, aunque se halle ausente en el texto. Nietzsche había vivido y estudiado por completo en Wagner, si no el arte mismo – aunque también podría afirmarse esto –, sí el fenómeno del “artista”, del mismo modo que luego este retoño mucho menor [es decir, el mismo Mann] vivió apasionadamente la obra de arte wagneriana y, en ella, prácticamente el arte mismo a través de la mediación de dicha crítica; eso sucedió en años decisivos, de modo que todos mis conceptos sobre el arte y lo artístico quedaron determinados para siempre por aquella o, si no determinados, por lo menos tal crítica les dio su coloratura y su influencia; y, a decir verdad, todo ello tuvo lugar en un sentido que en modo alguno era devotamente crédulo, al contrario, era demasiado escépticamente taimado⁴.

El epistolario de finales de los años cuarenta, redactado treinta años después, demuestra que el maduro novelista seguía reconociendo los escritos del apasionado crítico del compositor como una excelente y privilegiada escuela de aprendizaje sobre el arte de Wagner, ya que eran muy superiores en sus enseñanzas a todos los mediocres panegíricos de los acólitos de Bayreuth. El libro de 1918, que tantas veces se reclama seguidor de lo mejor de Nietzsche incluso en sus duras reflexiones políticas sobre lo alemán o en sus críticas a Bismarck, también documenta, por lo demás, el detallado conocimiento de *Humano, demasiado humano*, obra menos citada en otros momentos de la producción del novelista. Hay que decir, pues, como explicará Mann en su breve autobiografía de 1930, que su experiencia de Nietzsche «no constituyó un descubrimiento y una recepción rápidos y de una vez, sino que se realizó, por así decirlo, en varias etapas, distribuyéndose en distintos años». A esa singular y prolongada vivencia se la debe calificar sobre todo de “artística y cultural”:

el primer efecto que provocó en mí fue una sensibilidad, una clarividencia y una melancolía de índole psicológica [...] que en aquella época me hizo sufrir de una manera indescriptible. La expresión “náuseas del conocimiento” se encuentra en *Tonio Kröger*. Designa con toda propiedad la enfermedad de mi juventud, que, según creo recordar, favoreció no poco mi receptividad para la filosofía de Schopenhauer, a la que sólo conocí después de conocer ya algo a Nietzsche⁵.

La conferencia que dedicó al filósofo en 1947 destaca otros momentos y textos del legado nietzscheano, sobre todo los siguientes: el capítulo titulado “Entre hijas del desierto” de la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*, el relato de la gestación de este libro y el célebre §3 sobre el concepto de “inspiración”, que se hallan en las hermosas páginas de *Ecce homo* dedicadas a comentarlo, «el maravilloso análisis de la obertura de *Los maestros cantores* que aparece en [el inicio de la sección octava, § 240] de *Más allá del bien y del mal*», «la presentación dionisiaca del mundo que se encuentra al final de *La voluntad de poder* [fragmento 1067, que corresponde al 38[12] de junio-julio de 1885 en la ed. Colli-Montinari]», el prosista y ensayista de alto rango cuyo genio llega

⁴ Th. Mann, BU, ss. 72-73, pp. 93-94.

⁵ Th. Mann, *Relato de mi vida*, trad. castellana de A. Sánchez Pascual, Salvat, Barcelona 1971, pp. 30-31.

a su vértice en *Más allá del bien y del mal* y en *La genealogía de la moral*, la polémica desenfadada que se agudiza en *Crepúsculo de los ídolos* y *El Anticristo*, así como el *epistolario completo*, además de las obras ya arriba citadas, *El nacimiento de la tragedia*, todas las cuatro *Consideraciones intempestivas* y *El caso Wagner*. No obstante, la opinión que le merecen en esa fecha tardía no es siempre laudatoria y positiva: por ejemplo, excepto ciertos instantes líricos aislados, a Mann el *Zaratustra* le parece, como composición, un libro fallido. Su aspecto más reivindicable sería, a sus ojos, la vena satírica que lo atraviesa.

Los apuntes recogidos en *La novela de una novela*, que así es como conocemos en castellano el libro de 1949 dedicado a narrar «el origen del *Doktor Faustus*», en la medida en que señalan las lecturas del escritor mientras redactaba esa novela, demuestran que repasó varias veces *Ecce homo*, consultó tanto las *cartas* de Nietzsche como las respuestas y testimonios de sus amigos, y volvió a sumergirse en las estimadas obras de los años setenta, especialmente en la segunda *Intempestiva*, *Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*. Podemos afirmar, pues, que, desde sus diecinueve años hasta la realización de su último gran proyecto literario en la vejez, el novelista le guardó excepcional fidelidad al filósofo y siempre tuvo a mano su edición de obras completas del mismo [la *Naumann's Ausgabe*]. La presencia de éste llega a ser tan abrumadora en determinados momentos que Mann incluso se siente en la obligación de pedir disculpas: «y que se me perdone que por todas partes tan sólo vea a Nietzsche, y a nadie más... hoy en día – décadas después de su silencio – por cualquier sitio todavía encuentro las huellas de su vida»⁶.

La conclusión es inevitable: como ha dicho uno de los máximos especialistas en esta cuestión, Peter Pütz⁷, de todos los literatos del siglo XX que han acusado la lectura de la obra de Nietzsche – y la lista es muy amplia y poderosa –, de todos ellos probablemente fuera Thomas Mann el escritor que mejor conociese ese legado: leyó prácticamente todos sus libros a lo largo de varios años; muchos de ellos le acompañaron durante décadas, sobre todo las disertaciones de crítica de la cultura del período juvenil, los grandes ensayos psicológicos de crítica de la moral, la polémica tardía contra Wagner y las confesiones autobiográficas de *Ecce homo*. También la obra ensayística y la correspondencia del novelista, desde sus años de juventud hasta las cartas de 1955, su último año de vida, documentan de manera palmaria el recurso a frases y sentencias del autor del *Zaratustra*, entresacadas también de su rico y sugestivo epistolario, a veces con interesantes variaciones personales, llenas de finura y de humor, que indican que muchas expresiones y juicios de Nietzsche permanecían en la memoria del escritor y le guiaban a la hora de formular sus opiniones en mil contextos diversos, como suele ser habitual que suceda con el legado de Goethe entre intelectuales alemanes, o como acostumbraban a hacer con los versículos de la Biblia los cristianos que la consultaban con frecuencia. Apuntar los mil y un momentos de intertextualidad en la

⁶ Th. Mann, BU, s. 498, p. 510.

⁷ Véase, sobre todo, su ensayo *Thomas Mann und Nietzsche*, en Hillebrand, Bruno (ed.) *Nietzsche und die deutsche Literatur*, DTF-Niemeyer, München-Tübingen 1978, vol. 2, pp. 128-155, renovado resumen de los resultados de su tesis doctoral (Bonn, 1963), titulada *Kunst und Künstlerexistenz bei Nietzsche und Thomas Mann. Zum Problem des ästhetischen Perspektivismus in der Moderne*.

obra de Mann en los que resuenan fragmentos de aforismos de Nietzsche sería, por lo tanto, el cuento de nunca acabar, porque la trama que los implica es, en verdad, permanente.

Casi como si fuera la vida de Cristo y los paisajes y lugares de Tierra Santa para un ferviente cristiano, la obra pero también la persona, la peripecia vital y los detalles idiosincrásicos de Nietzsche le interesaban a Mann en gran medida, ello se detecta hasta en sus viajes repetidos a Sils-Maria durante 1950 y 1954; en la manera en la que describe los rasgos del rostro de Don Quijote, cuando sueña con él durante su travesía marina leyendo la novela cervantina rumbo al continente americano en la primavera de 1934⁸; en las muchas veces en que de manera intempestiva reivindica el europeísmo y el talante liberal, tolerante e incluso democrático y humanista del filósofo, cosa que hace no sólo en 1918, también en los años veinte, durante el exilio americano, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial y en los amargos años de postguerra, como si en toda circunstancia fuera imprescindible reclamar el juicio de Nietzsche sobre los dramáticos acontecimientos y encrucijadas del presente porque su insobornable lucidez significara una ineludible referencia orientativa, como si su imprescindible magisterio lo convirtiera en una especie de árbitro suprahumano y de manantial de sabiduría inagotable en el que poder aprovisionarse con provecho. Este carismático profeta, «varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos», mártir en la cruz del pensamiento, especie de personaje sagrado que en repetidas ocasiones Mann adjetiva como si se tratase de otro Jesús de Nazaret, pasa a menudo a sus ojos del ámbito de lo meramente humano a la esfera inmarcesible en la que habitan las figuras de los mitos y las religiones.

Resulta oportuno recordar en este contexto que durante toda su vida, a pesar de las opuestas opciones políticas que posteriormente les enfrentaron de manera irreconciliable, el novelista manifestó su excepcional estima por un célebre estudio sobre Nietzsche publicado en 1918 por Ernst Bertram, influyente historiador de la literatura y el arte por entonces íntimo amigo suyo, que tenía el subtítulo siguiente: *Ensayo de una mitología*⁹. Tampoco será superfluo precisar que si bien se percibe en Mann un creciente acercamiento a la serena y magistral figura de Goethe hasta alcanzar una especie de anhelada identificación personal en los valores de un humanismo compartido, como es bien sabido y muchos ensayos de su pluma proclaman inequívocamente, no hay, como por desgracia se ha repetido en exceso, un correlativo distanciamiento progresivo con respecto a Nietzsche, sino una madura lealtad que marca mejor sus diferencias, pero que mantiene el reconocimiento y la admiración de por vida ante su “nobleza espiritual”. Quizá convenga añadir, no obstante, que Mann ejerció siempre una actitud muy particular en todas sus lecturas, también en las de los filósofos que más estimaba, caracterizada por su fina ironía y su fecunda libertad imaginativa, a saber, no tomar nunca a la letra y en sentido propio las palabras de sus textos, sino dis-

⁸ «Soñé con Don Quijote, era él mismo y yo hablaba con él. Así como la realidad cuando nos sale al encuentro se diferencia de la idea que nos hacemos de ella, así también su aspecto era diferente al que muestran los grabados: tenía un bigote voluminoso y espeso, frente alta y huidiza y, bajo cejas igualmente espesas, ojos grises casi ciegos. No se presentó como Alonso Quijano el Bueno, sino como Zaratustra». Th. Mann, *Ensayos sobre música, teatro y literatura*, trad. castellana de G. Dieterich, Alba, Barcelona 2002, p. 112.

⁹ Sobre este importante libro, muy estimado también por G. Benn, el lector hispano puede leer un apretado resumen en Rüdiger Safranski, *Nietzsche*, trad. de R. Gabás, Tusquets, Barcelona 2002, pp. 354-358.

tanciarse de ellas, leerlas desde sus intereses personales de escritor-creador-fabulador, y distinguir siempre entre líneas aquello que los pensadores opinaban y lo que era su propia realidad como seres humanos, sin confundir, así pues, con buen olfato de psicólogo, sus personas con sus juicios¹⁰.

2. Nietzsche en los ensayos de Thomas Mann

La producción del novelista en sus ensayos, conferencias y memorias dedicados al filósofo es muy abundante: abarca, como mínimo, seis obras, obviando las múltiples alusiones que brotan de su pluma donde menos se lo espera, en textos consagrados a otros autores – por ejemplo, a Goethe, Schopenhauer, Wagner, Cervantes, Lessing, Tolstoi, Schiller o Freud –, en los que Nietzsche interviene por sorpresa como interlocutor cualificado. He aquí su enumeración:

En primer lugar, las notas para el ensayo inacabado de 1909 titulado “*Geist und Kunst [El espíritu y el arte]*”

En segundo lugar, varios capítulos, sobre todo el 4 y el 11, del magmático e importante libro de 1918 *Betrachtungen eines Unpolitischen*, cuyo título ya contiene una alusión a las *Unzeitgemässe Betrachtungen*, las *Consideraciones Intempestivas* de Nietzsche, como es patente¹¹. En ese voluminoso y complejo ensayo, especie de purga de su corazón durante los agitados años de la Gran Guerra, Nietzsche aparece una y otra vez como un maestro tanto en el arte de escribir y de pensar, como en la vida y hasta en la temeraria actitud “impolítica” que en él se asume.

En tercer lugar, la alocución titulada *Vorspruch zu einer musikalischen Nietzsche-Feier [Preludio hablado a un homenaje musical a Nietzsche]*, que Mann leyó en el teatro Odeón de Munich el 4 de noviembre de 1924, un mes después de acabar *La montaña mágica*.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Th. Mann, BU, ss. 540-41, pp. 551-52 y *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, pp. 164-165 en especial, que contienen la advertencia metodológica que Mann practicó y que recomienda a los lectores del filósofo: no se debe ser ingenuo ante sus textos. Si su escritura es arte con grandeza, también reclama un gran arte en su lectura, es decir, «en la lectura de Nietzsche resultan necesarias todas las clases de astucia, de ironía, de reserva», no hay que tomarlo a la letra, no hay que tomar partido en su favor, sino que, como él mismo escribió en una carta a Carl Fuchs, «una dosis de curiosidad, como ante una planta extraña, con una resistencia irónica, me parecería una actitud incomparablemente más inteligente con respecto a mí».

¹¹ Deseamos insertar aquí una precisión quizá importante: contra lo acostumbrado, el título debe traducirse como *Consideraciones de un impolítico*, ya que las hace no un escritor que careciera de intereses en la vida política europea y alemana del momento, refugiado en un esteticismo neutral y descomprometido, alejado de los debates que atraviesan la convivencia de sus coetáneos y compatriotas, como si fuese un privilegiado ser “apolítico” que se gozase en su aislamiento literario y lo reivindicase contra la “civilizada” actitud de su hermano Heinrich, sino un ciudadano entregado a su arte pero que se sabe desafiado por las circunstancias y no teme manifestarse a fondo y en extenso sobre los problemas más candentes que las atraviesan, aunque carezca de tacto para las conveniencias y cometa la osada imprudencia de expresar lo que piensa sobre esas graves cuestiones, asumiendo que lo que diga seguramente será, en efecto, “políticamente incorrecto”: él se expone y toma partido sin componendas, es decir, no respeta ni silencios ni partidismos edulcorados. Pronto reconocerá, por lo demás, las limitaciones y errores en los que estaba sumido y alterará su posición con la misma impolítica radicalidad, sin ahorrarse la consiguiente y pública expresión de sus cambios de opinión, como corresponde a quien se considera un verdadero escritor, leal a sus lectores y responsable ante ellos.

En cuarto lugar, ciertas páginas del *Lebensabriss [Relato de mi vida]*, de 1930, en las que el novelista resume la influencia de Nietzsche en su vida y su obra, en una especie de rendición de cuentas del camino recorrido, motivada por la recepción del premio Nobel de literatura a fines del año anterior.

En quinto lugar, la conferencia *Nietzsche's Philosophie im Lichte unserer Erfahrung [La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia]*, de 1947, redactada en forma de amplio ensayo durante los meses inmediatamente posteriores a la finalización de su novela *Doktor Faustus*, en el invierno de ese año¹². Complemento de lo afirmado tres décadas antes en las *Consideraciones*, este escrito fundamental contiene la detallada opinión del maduro Mann sobre su maestro de juventud.

Y en sexto lugar, varias alusiones muy significativas que surgen aquí y allá a lo largo de ese fragmento autobiográfico denominado *Entstehung des Doktor Faustus*, conocido entre nosotros por su subtítulo original como *La novela de una novela*, de 1949¹³.

Aunque con extrema brevedad, revisemos primero los poco conocidos apuntes de juventud sobre *el espíritu y el arte*. En este proyecto de ensayo, germen de obras posteriores, el novelista se reconoce como miembro de la generación nacida en la década de los setenta del siglo XIX – él nació en 1875 –, la cual se sentía muy cercana a Nietzsche: pudo asistir directamente a la tragedia que afectó a su destino personal, quizá el que – dice – infunda un mayor respeto en toda la historia del espíritu. En virtud de esta proximidad

nuestro Nietzsche es – escribe Mann – el *Nietzsche militans*, mientras que el *Nietzsche triumphans* pertenece a los que nacieron quince años después. La aguda sensibilidad psicológica, el criticismo lírico, la vivencia de Wagner, la vivencia del cristianismo y la vivencia de la modernidad, todo eso lo recibimos de él: de tales vivencias jamás podremos prescindir por completo, del mismo modo en que a él mismo tampoco le fue posible prescindir de ellas ni siquiera por un instante. Son demasiado preciosas, demasiado profundas y demasiado fructíferas para que nos fuera lícito abandonarlas. No obstante, quienes todavía no han cumplido los treinta años ya tienen lo que quedará de él, la parte de su legado que permanecerá en el futuro, su verdadera repercusión sin impurezas. Para ellos Nietzsche es un profeta a quien no conocen con mucha exactitud, al que apenas necesitan leer, pero cuyos resultados más genuinos ya llevan consigo de una manera instintiva. De él han recibido la afirmación de la tierra y del cuerpo, el concepto anticristiano y antiespiritual de aristocracia, un concepto que lleva implícitas la salud, la jovialidad y la belleza...¹⁴.

La breve autobiografía de 1930 concreta la huella que el novelista confiesa que el filósofo le dejó en su juventud:

el influjo espiritual y estilístico de Nietzsche es reconocible, sin duda, ya en mis primeros ensayos de prosa que vieron la luz pública [...]. El contacto con Nietzsche determinó en alto grado mi forma espiritual, que se estaba fraguando [...]. [La incipiente relación personal que entonces entabló con tan subyugante potencia educativa] fue un proceso complicado, que adoptaba una

¹² Tanto esta conferencia como el preludeo citado anteriormente se hallan en el libro de Th. Mann, *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, preparado por A. Sánchez Pascual, recientemente reeditado en Alianza Editorial de Madrid.

¹³ Thomas Mann, *La novela de una novela*, trad. de A. L. Bixio, Sur, Buenos Aires 1961.

¹⁴ B. Hillebrand (ed.), *Nietzsche und die deutsche Literatur, Band 1. Texte zur Nietzsche-Rezeption 1873-1963*, p. 157.

actitud totalmente despectiva frente a la influencia callejera y popular del filósofo, frente a todo simplista “renacentismo”, frente al culto al superhombre y el esteticismo a lo Cesar Borgia, frente a toda palabrería acerca de la sangre y de la belleza que entonces estaba de moda entre los grandes y entre los pequeños. El joven de veinte años que yo era comprendía la relatividad del “inmoralismo” de este gran moralista; cuando yo contemplaba la comedia de su odio contra el cristianismo, veía también su amor fraterno a Pascal y entendía aquel odio en un sentido completamente moral y no, en cambio, psicológico. Esta misma diferencia me parecía que se daba en su lucha – que marcó una época en la historia de la cultura – contra lo que más amó hasta su muerte: contra Wagner. En una palabra: yo veía en Nietzsche ante todo al hombre que se superaba a sí mismo; no tomaba en él nada a la letra, no le creía casi nada, y justamente esto es lo que hacía que mi amor por él tuviese un doble plano y fuese tan apasionado. Esto es lo que proporcionaba su hondura a ese amor. ¿Es que había yo de tomarlo “en serio” cuando predicaba el hedonismo en el arte? ¿O cuando contraponía Bizet a Wagner? ¿Qué fue para mí su filosofía del poder y de la “bestia rubia”? Casi un motivo de perplejidad. Su glorificación de la “vida” a costa del espíritu, ese lirismo que ha producido consecuencias tan funestas en el pensamiento alemán, sólo había una posibilidad de que yo me lo asimilase: tomándolo como ironía¹⁵.

El ensayo de 1918 había perfilado la imagen que el novelista reivindicaba por entonces del filósofo: frente a la defensa emprendida por Stefan George y sus discípulos de un Nietzsche eminentemente prohölderliniano y poeta, él afirma que fue

un escritor de máximo rango mundial; un prosista de posibilidades mucho más mundanas todavía que Schopenhauer, su gran maestro; un literato y folletínista de altísimo estilo, [...] en una palabra, un intelectual europeo cuyo influjo sobre la evolución, sobre el “progreso”, e incluso sobre el *progreso político* de Alemania no se caracteriza por ningún fragmento de su *Empédocles*, ni tampoco por ninguna de las *Canciones del príncipe Vogelfrei*, ni siquiera por ninguno de los *Ditirambos de Dioniso*, sino por creaciones que en su actitud y su gusto, en su sutileza y malignidad, en su refinamiento y radicalismo son tan no-alemanas y anti-alemanas como el ensayo eternamente admirable titulado *¿Qué significan los ideales ascéticos?*¹⁶.

Así pues,

gracias a su europeísmo Nietzsche ha contribuido más intensamente que nadie a la educación criticista, a la intelectualización, a la psicologización, a la literaturización, a la radicalización o, sin hacerle ascos a esa palabra política, a la *democratización* de Alemania [...]. Su doctrina fue menos novedosa y revolucionaria para Alemania, fue menos importante para la evolución alemana [...] que *el modo en que la enseñó*. Sobre la intelectualidad alemana influyó con su “militarismo” y su filosofema del poder [...] pero no lo hizo menos con su método extremadamente occidental, en cuanto prosista europeizante, y su efecto “progresista” y civilizatorio radica en una inmensa intensificación, incentivación y agudización del oficio de escribir, del criticismo y del radicalismo literario en Alemania. Fue en su escuela donde se creó el hábito de permitir que el concepto del artista confluyera con el del cognoscente, de modo que se difuminaran los límites entre el arte y la crítica. Él consiguió que junto a la lira se recordase el arco como instrumento apolíneo, y enseñó a dar en el blanco y a hacerlo de manera mortal. A la prosa alemana le otorgó una sensualidad, una ligereza artística, una belleza, una agudeza, una musicalidad, una acentuación y una pasión totalmente inauditas hasta ese momento, irradiando así una influencia a la cual no podía sustraerse nadie que después de él se atreviese a escribir en esa lengua¹⁷.

¹⁵ Th. Mann, *Relato de mi vida, op. cit.*, pp. 28-30.

¹⁶ Th. Mann, BU ss. 83-84, pp. 105-106.

¹⁷ *Ivi*, ss. 85-86, pp. 106-107.

Thomas Mann confiesa que su estado anímico fundamental le convirtió en “psicólogo de la *decadencia* [Verfall]”: en efecto, *Los Buddenbrooks*, su primera gran obra, son la “crónica de la decadencia” de una familia y una clase social, la burguesía, a lo largo del siglo XIX en el norte protestante de Alemania, como bien lo indica el subtítulo de esa novela; en la realización de esa tarea «fue a Nietzsche a quien contemplé como maestro; pues para mí desde el comienzo – añade – no fue tanto el profeta de algún imperceptible “superhombre”... sino el psicólogo incomparablemente mayor y más experimentado de la decadencia [Dekadenz]»¹⁸.

Si hacemos un primer balance encontramos que Mann se sabe heredero de cuatro componentes del magisterio nietzscheano, la enseñanza de un estilo, la clarividencia psicológica en el análisis de la decadencia, la apasionada crítica de la cultura de su tiempo, y cierta concepción del arte y del artista, manifiesta en las radicales consideraciones en torno a la obra y la persona de Richard Wagner, testimonio de la necesaria ruptura de fronteras entre la poesía y la crítica, entre la tarea del poeta y el trabajo del cognoscente y del pensador. Esta fecunda unidad que también se descubre en autores como Lessing y Schiller, Mann siempre la vio ejemplificada de manera modélica en Nietzsche, prototipo del “lírico del conocimiento”, del quehacer que, en cuanto *Dichter*, él también asume como propio.

Con posibles alusiones a sí mismo, indica que a menudo ha sentido que la filosofía de Nietzsche podría ser un hallazgo afortunado para algún gran poeta, como lo fue la de Schopenhauer para Wagner, y convertirse así en «fuente de un *ironía* suprema, sumamente erótico-taimada, que juega entre la vida y el espíritu...»¹⁹. Por este motivo su versión del filósofo llega a convertirse en un autorretrato indirecto, como cuando escribe que Nietzsche «trasciende tanto lo romántico como lo burgués de manera tan cierta como inaugura lo nuevo, aún innominado, aquello que, en cualquier caso, no puede denominarse con una sola palabra», porque, entre otras cosas, está también íntimamente conectado con lo mejor del romanticismo alemán²⁰.

El breve *Preludio hablado a un homenaje musical a Nietzsche* reitera que el solitario de Sils-Maria representó una experiencia personal cuyo efecto le ha determinado de manera infinita; él es «nuestro maestro moral en esta hora de Alemania y de Europa». La imagen que entonces dibuja destaca nuevos rasgos: su amor por la música y por el lenguaje, y su descubrimiento de la afinidad entre la crítica y la música. Nietzsche fue un hijo tardío del Romanticismo que luchó por superarse a sí mismo de un modo revolucionario, gracias a lo cual – y a diferencia de Wagner – se convirtió «en el vidente y en el guía que nos conduce hacia un nuevo porvenir humano». Por eso sigue siendo un maestro que enseña a superar el romanticismo musical y su embriaguez de muerte, superándonos así a nosotros mismos, y nos conduce hacia el futuro. Un lenguaje de resonancias religiosas predomina en este emotivo texto en el que se llega a jurar en nombre de Nietzsche, «el evangelista de una Nueva Alianza entre la tierra y el hombre», aquél que con su heroísmo encontró redención a través de la música²¹.

¹⁸ *Ivi*, s. 78, p. 99.

¹⁹ *Ivi*, s.83, p. 104.

²⁰ *Ivi*, s. 142, pp. 161-162.

²¹ Véase Th. Mann, *Schopenhauer, Nietzsche, Freud, op. cit.*, pp. 103-109.

La conferencia *La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia*, redactada después de haber vivido los dolores del exilio, de la guerra y de la rememoración de la cultura alemana del XX a través del *Doktor Faustus*, presenta a la persona de Nietzsche como un Hamlet, como un modelo de formación en el pensamiento y en la escritura, resumen de todo lo europeo, causa de respeto y de lástima, de “compasión trágica” por su destino tan solitario, por el profetismo salvaje y ebrio que tuvo que proclamar, por la inverosímil curva de su vida aventurera y obstinada, por su muerte de mártir en la cruz del pensamiento, en conmovedora autocrucifixión. Estamos, por lo tanto, ante un venerable rostro que inspira sincera piedad. Con respecto a su obra, Mann defiende una lectura unitaria: su pensamiento clave es la concepción de la vida como representación, es decir, como arte, como espectáculo significativo, como fenómeno estético, su única verdadera fuente de justificación. Tal esteticismo heroico-dionisiaco le convierte más tarde en «el más grande crítico y psicólogo de la moral que la historia conoce»²². La rotundidad de este juicio viene matizada al subrayar el carácter epocal de las críticas nietzscheanas, efectuadas desde su «psicología de la sospecha y del desenmascaramiento» sobre la moral hipócrita de la edad burguesa, demostrando su evidente parentesco con las diatribas de un Oscar Wilde, por citar un buen ejemplo.

Este talante vitalista se extrema en el último Nietzsche de manera violenta, biologicista y torturada: la sana protesta de la *Segunda Intempestiva* contra la enfermedad del historicismo decae en rabia menádica contra la verdad, la moral y la religión, contra lo que nos libra del salvajismo. Eleva entonces Mann su voz de protesta en favor del «humanismo mismo como crítica, ironía y libertad, asociado a la palabra juzgadora», es decir, en favor del espíritu, entendido como la autocrítica de la vida²³, y detecta en Nietzsche dos errores funestos: el primero, un desconocimiento completo de las relaciones de poder *entre el instinto y el intelecto*, como si éste último dominase de manera tan aplastante que fuera necesario defender la vida contra el espíritu y no al revés, y el segundo, la falsa relación, supuestamente antitética, *entre la vida y la moral*, cuando en la realidad ambas van juntas, pues «la verdadera antítesis es la que se da entre ética y estética. No es la moral, sino la belleza la que está vinculada a la muerte», dice el novelista, defendiendo una de sus creencias fundamentales.

Aunque él tiene claro que el filósofo «está lejos de todo antisemitismo racial», opina que su crítica al cristianismo y su belicismo en favor de una vida más grande, fruto de sus elucubraciones de hombre sin experiencia, hijo de una época llena de seguridad y racionalismo, le han convertido en un profeta desafortunado de la edad de la guerra, cuando ésta – piénsese en una tercera guerra mundial – no puede sino engendrar barbarie, desastres y matanzas. Este rasgo de la última etapa de su filosofar le produce al novelista dolor y miedo, llegando a interpretar las provocativas referencias a la “bestia rubia” como muestras de «sadismo infantil»²⁴. Se sirve entonces de Novalis para criticar al “superhombre” nietzscheano, ejemplo de injusticia, explotación y tiranía: «su superhombre no es otra cosa que la idealización del *Führer* fascista y él mismo, Nietzsche, ha sido con toda su filosofía un precursor, un creador y un inspira-

²² Th. Mann, *op. cit.*, p. 137.

²³ Cf. *ivi*, pp. 144-145.

²⁴ *Ivi*, p. 152.

dor de ideas del fascismo europeo, del fascismo universal»²⁵. Tal es su trágico destino, como el de Hamlet, pues él no era un político, sino un hombre inocentemente espiritual, un sensibilísimo sismógrafo que «ha percibido de antemano la época fascista de Occidente en la cual estamos viviendo y en la cual seguiremos viviendo largo tiempo, a pesar de la victoria militar sobre el fascismo». «Su “radicalismo aristocrático” no vio en absoluto la alianza de industrialismo y militarismo, la unidad política de ambos, en la cual consiste el imperialismo, como tampoco vio que es el espíritu de ganancias el que hace las guerras», proclama Mann desde sus convicciones²⁶.

No obstante, estos desvíos y carencias son menores, ya que Nietzsche es, en fin de cuentas, un pensador que se había salido de la esfera burguesa y había conseguido adentrarse en un mundo nuevo. En este sentido, sólo en apariencia afirma el componente fascista de la época postburguesa, porque, de hecho, su sensibilidad – dice en 1947 Mann con rara intemperividad – no se pudo abstraer «al influjo del elemento socialista del futuro», aunque esto lo desconozcan los socialistas que denigran al filósofo, acusándolo de ser un fascista *pur sang*. Por lo tanto, concluye el escritor, «es necesario que no nos dejemos engañar. El fascismo... es ajeno en lo más hondo al espíritu de aquél para el cual todo giraba en torno a la pregunta “¿qué es aristocrático?”». El fascismo queda completamente fuera de la imaginación de Nietzsche». Confundir la irrupción nazi con los sueños del filósofo es el más estúpido de los malentendidos: «en su visión de la vida posburguesa, el componente socialista es tan fuerte como ese otro componente que se puede llamar fascista». «El concepto de cultura de Nietzsche – “permaneced fieles a la tierra”, “volved a traer a la tierra la virtud que había volado”, en suma, su “materialismo del espíritu”, como lo denomina Mann –, tiene acá y allá un fuerte tinte socialista, o en todo caso no tiene ya un tinte burgués». Su juvenil pasión por Wagner «quiere decir que ya no debe haber dichas supremas que no sean comunes a los corazones de todos». Y su paso del nacionalismo germánico al europeísmo y, posteriormente, de éste a una perspectiva que se amplía hasta lo universal, justifican que «Nietzsche hable de la administración mundial de la economía de la tierra, que es inminente e inevitable»²⁷.

A pesar de tales atisbos, el corazón de su filosofía no vibra con las preocupaciones morales del socialismo, pues, para el novelista, Nietzsche es «el esteta más completo y más insalvable que la historia del espíritu conoce». Su vida es «un espectáculo trágico-lírico dotado de una fascinación suprema», su esteticismo es su rebeldía contra la moral de la edad burguesa. Ahora bien, la ebriedad estética, si no la serena una ironía profundísima, lleva a la barbarie. Así pues, hay que tomar el teoreticismo estético radical de Nietzsche *cum grano salis* y situarlo en su contexto histórico: como Kierkegaard, Bergson y Freud, viene a ser una rebelión contra la fe clásica en la razón de los siglos XVIII y XIX, significa la exigencia de que la razón se reconstituya sobre una nueva base, más profunda y compleja. En conclusión, el esteticismo nietzscheano es un fruto burgués que también necesita ser superado mediante un *nuevo humanismo* que lo asuma, un humanismo que se haga cargo de todos sus conocimientos acerca de lo

²⁵ *Ivi*, p. 154.

²⁶ Cf. *ivi*, pp. 154-157.

²⁷ *Ivi*, p. 159.

presuntamente inferior y demoníaco en un nuevo clima espiritual, en el que la labor del poeta y del artista puedan hacer su aportación. En esa tarea que nos corresponde asumir Nietzsche es un precursor, una figura trágica, «envuelta en las llamaradas de los relámpagos de este cambio de los tiempos»²⁸. Así finaliza la sostenida meditación de Thomas Mann sobre su antecesor, en la que, como no podía dejar de suceder, el poeta también ha tenido que abordar con su impolítica veracidad esos otros vectores que constituyen al *otro* Nietzsche, a saber, su relación con los dioses y con la ciudad.

²⁸ Cf. *ivi*, pp. 162-170.

Goethe, Schopenhauer, Nietzsche

Saggi in memoria di Sandro Barbera

a cura di

Giuliano Campioni, Leonardo Pica Ciamarra, Marco Segala



Edizioni ETS



www.edizioniets.com

*Volume pubblicato con un contributo del
Dipartimento di Linguistica "T. Bolelli", Università di Pisa*

© Copyright 2011
EDIZIONI ETS
Piazza Carrara, 16-19, I-56126 Pisa
info@edizioniets.com
www.edizioniets.com

Distribuzione
PDE, Via Tevere 54, I-50019 Sesto Fiorentino [Firenze]

ISBN 978-884672937-8

Indice

Prefazione <i>Giuliano Campioni, Leonardo Pica Ciamarra, Marco Segala</i>	V
Ricordo di Sandro Barbera <i>Giuliano Campioni</i>	1
Nietzsche y el hada maligna del romanticismo <i>Remedios Ávila Crespo</i>	13
Nietzsche e la dizione aporetica dell'abisso <i>Manuel Barrios Casares</i>	27
Rinuncia all'eternità. La perdita di sé nella filosofia di Schopenhauer <i>Remo Bodei</i>	35
A primazia da visão. Nietzsche e revisão do estatuto schopenhaueriano da música <i>Maria João Mayer Branco</i>	43
Nietzsche, la genealogia e le scienze <i>Marco Brusotti</i>	55
Sogno e son desto. La teoria onirica schopenhaueriana <i>Stefano Busellato</i>	69
Il sogno di d'Alembert e la chimera di Diderot <i>Tomaso Cavallo</i>	87
Lessing come spirito libero. Sull'aforisma 103 del <i>Viandante</i> <i>Ernani Chaves</i>	105
Il vecchio Goethe, la morfologia delle piante e il disordine <i>Leonardo Pica Ciamarra</i>	117
Was bedeutet „Fortschritt“ im Nietzscheschen Sinn? <i>Jesús Conill-Sancho</i>	127
La costruzione critica dell'io – un'analisi <i>Luca Crescenzi</i>	135
Schopenhauer e Goethe: il battesimo di un inattuale <i>Matteo Vincenzo d'Alfonso</i>	143

<i>Le affinità elettive</i> e i tempi nuovi Enrico De Angelis	157
Il ruolo della <i>Critica del Giudizio</i> nell'elaborazione della filosofia schopenhaueriana della redenzione Nicoletta De Cian	167
<i>Ich, das wohlbekannte Ich, Ich bin.</i> Religione e religiosità nel Sesto Libro dei <i>Lehrjahre</i> Alberto Destro	181
Le campane di Genova e le epifanie nietzscheane Paolo D'Iorio	195
«La rivoluzione è una suora che si spoglia». Costellazioni anarchiche nella ricezione nietzscheana del primo Novecento Alessandro Fambrini	229
Per la storia della Schopenhauer-Schule. Uno schopenhaueriano di nome Wiesike Domenico M. Fazio	239
L'impolitico come forma di vita: Thomas Mann scrittore di sé e del proprio tempo Gianfranco Ferraro	253
«E così mi racconterò la mia vita». Nietzsche dalle ultime lettere (1885-1889) Maria Cristina Fornari	289
Il mondo come volontà e <i>rappresentazione</i> ? Sul termine <i>Darstellung</i> in Schopenhauer Marina Foschi Albert	303
Joseph Roth, il viandante senza Itaca Marino Freschi	321
Il concetto di barbarie in Schiller e Nietzsche Carlo Gentili	335
La fiaba della libertà intelligibile e l'innocenza del divenire Oswaldo Giacoia Junior	349
Estratto dal libro-intervista <i>Il bue squartato e altri macelli. La dolce filosofia Sossio Giametta intervistato da Giuseppe Girgenti</i>	371
El conocimiento histórico y la transvaloración de la historia en F. Nietzsche: decadencia y creatividad histórica Luis Enrique de Santiago Guervós	385
Attorno al concetto di <i>rappresentazione perspicua</i> . Spengler e Wittgenstein Alfonso M. Iacono	397

Osservazioni sulla negazione del volere in Schopenhauer <i>Giuseppe Invernizzi</i>	409
Tra Goethe, Schelling e Schopenhauer: note su soggetto, visione e azione in Maurice Merleau-Ponty e Alois Riegl <i>Manlio Iofrida</i>	421
Goethes <i>Iphigenie</i> und der Mythos von Europa <i>Christine Ivanovic</i>	431
Die Entstehung von Schopenhauers Willensmetaphysik <i>Matthias Kößler</i>	441
Thomas Mann y Nietzsche <i>Joan B. Llinares</i>	451
Appena prima del buio. Le lettere di Nietzsche da Torino <i>Luca Lupo</i>	463
Sandro Barbera: il conflitto interno della volontà nella sua interpretazione di Schopenhauer <i>Diego Sánchez Meca</i>	473
<i>Ainsi parlait Zarathoustra</i> : l'œuvre à la fois consacrée et reniée <i>Scarlett Marton</i>	481
L'inattualità di Goethe. Il presentito, l'incalcolabile e il vaso di allegria <i>Maria Filomena Molder</i>	499
Zu Otto Dix' Nietzsche-Rezeption <i>Renate Müller-Buck</i>	509
«...tendere le mani, come i fanciulli alla fiera, a tutto quanto ci seduce per via»: l'arte del "divagare" e il mestiere dello storico <i>Andrea Orsucci</i>	517
„Der Abschied fühlt sich mit Entsetzen“ – Trennung und Abschied in Goethes Dichtung <i>Karl Pestalozzi</i>	523
Il Genio tiranno e il Rivoluzionario. L'“incontro” tra Ernest Renan e Arthur Schopenhauer <i>Francesco Petruzzelli</i>	541
Un Werther potenziato. Disordine interiore e convenzioni sociali nel <i>Torquato Tasso</i> di Goethe <i>Renato Pettoello</i>	575
Mistica e unità della natura. Note sulla ricezione del Goethe scientifico tra Ottocento e Novecento <i>Stefano Poggi</i>	591

Del Sublime nel <i>Wilhelm Meister</i> . Descrizione di una rete semantica <i>Giovanni Sampaolo</i>	603
Crítica del estilo enfático Borges lector de Nietzsche entre 1936 y 1946 <i>Sergio Sánchez</i>	613
Tracce della coscienza migliore nelle opere di Schopenhauer <i>Marco Segala</i>	633
Arthur Schopenhauers lebenslanger Versuch, Goethes Farbenlehre zu vollenden <i>Jochen Stollberg</i>	649
Wir freien Geister... Aspetti della <i>Nietzsche-Rezeption</i> in Robert Musil e Harry Graf Kessler <i>Aldo Venturelli</i>	667
«Heine und ich...». Nietzsche, Heine e Théophile Gautier <i>Vivetta Vivarelli</i>	675
La philologie est-elle une vertu? Le rapport aux Grecs comme problème de culture selon les textes du début des années 1870 <i>Patrick Wotling</i>	683
Bibliografia	699